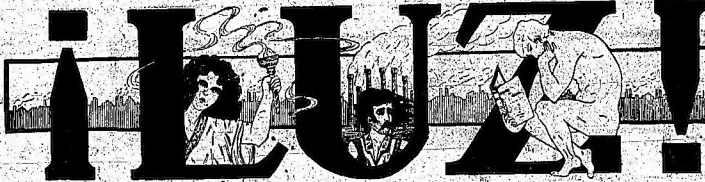


¡LUZ!

Para nuestros cerebros oscurecidos por la ignorancia.



¡FARO!

Que nos enseñe el camino de la emancipación.

SEMANARIO LIBERTARIO, Doctrinario y de protesta; escrito por trabajadores en defensa de la mujer y de los trabajadores mismos.

Todo asunto del periódico a JACINTO HUITRON; 2a. Mesones 40 RJO, letra D.

Registrado en la Oficina de Correos como correspondencia de 2a. clase el 14 de Junio de 1917.

Subscripción de 10 números, 50 cts. Número suelto 5 cts. a los Agentes 4 cts.

Segunda Etapa.

MEXICO, D. F. MIÉRCOLES 26 DE DICIEMBRE DE 1917

Número Veintiocho.

## ¡Qué Payasos!

El congreso de coyotes, es decir, de industriales, que se reúne actualmente en la capital de la República para discutir la manera de hermanar sus conveniencias, acordó el miércoles 19 del corriente, dirigirse al Presidente de la Nación para pedirle que derogue el artículo 123 de la Carta Magna, porque no les convienen los términos en que está escrito y menos aún la prevención que favorece a los trabajadores de la región mexicana.

El congreso de judíos alega la imposibilidad de dar de comer y vestir aceptablemente a los que les visitan y dan de comer a ellos hasta reventar de satisfechos. También alegan que con el artículo 123 ya no tendrán libertad, en lo sucesivo, para despedir de los talleres a los operarios que les dé la gana, y asimismo que es insignificante el sacrificio de los trabajadores en ocho horas de labor. Para mayor desgracia del obrero nacional, los industriales necesitan—¡infelices!—que no, se les obligue a proporcionar habitaciones higiénicas y cómodas a sus trabajadores, porque con eso, y lo demás, se quedarán sin unas y lamentando que el obrero obtenga, constitucionalmente, algunas prerrogativas insignificantes en cambio de sacrificio que hizo por ayudar a restablecer el orden de cosas imperante, rubricado con su sangre en los campos de batalla.

La gran desgracia de los trabajadores es la de que, cuando se reúnen para unificar sus aspiraciones y consolidar sus intereses bajo un concepto de solidaridad benefactora y sana, sólo unifican la discordia y se contabilan—no todos, por supuesto—con los poderosos para sepultar en la desgracia las tendencias de mejoramiento social que deberían solucionar el conflicto de sus estrecheces económicas y definir sus derechos al reparto equitativo de los capitales.

Esto da lugar a que las hienas del industrialismo se protejan con la benevolencia infinitamente criminal de las autoridades, que le tienen miedo a sus amenazas, y a que eleven el grito de afligidos cuando tal o cual concepto legislativo les parece que cercena sus ganancias.

Por fortuna el artículo 123, y nada, es lo mismo. Si los industriales piden al Presidente que derogue o modifique ese precepto, nada ganan los trabajadores. La razón es sencillísima: los industriales son los amos siempre; son los dueños *perpetuos* de toda buena o mala situación; a ellos se deben, unas veces directa y otras indirectamente, los conflictos tanto morales como económicos y sociales del Gobierno, de la Nación y de la masa proletaria.

Por eso resulta obra de payasos el pedir la derogación de un artículo nulificado y derogado por ellos de antemano.

Por eso resulta obra de payasos el pedir que no se diga en la Constitución que el industrial hará siempre con el proletario lo que le dé la gana;

Por eso resulta obra de payasos el pedir que se borre de la Constitución un artículo que dicen arruinará la industria nacional.

Toda la vida será la misma, en tanto que el obrero no eduque su conciencia acratá ni consolide su pujanza.

El industrial siempre será el industrial, es decir, el ladrón, el negro; el estigma de los proletarios.

¡Vaya con el congreso de industriales!

¡Qué payasos!

## CABECITAS LOCAS

Amar mucho a la mujer, desear del placer de las iniciativas, como los hombres, es bueno porque es justo.

Para una civilización avanzada, el lugar que ocupa la mujer debe ser elástico, debe ser digno. La

## POR LA RAZON Y

### LA JUSTICIA.

Ernesto Velasco continúa pro-

sa. El capitalismo lo tiene todavía entre sus palas.

Para obtener su libertad, no han valido ante los despotas, ni la protesta, ni el recurso electoral ni nada.

Lo que claramente indica que la bestia quiso hollar una víctima y la encontró.

Y como creemos que la prisión de dicho compañero es injusta, hacemos constar el atropello en estas líneas para baldón político administrativo de quien corresponde.

No retrocedamos de nuestras columnas este cuadro hasta que el compañero Velasco sea puesto en libertad.

Invitamos a la Prensa obrera a que haga otro tanto.

El asesinato de José Barragán Hernández ha quedado impune.

¿Qué ha hecho el tribunal de Justicia para esclarecerlo?

Se pide como el cuadro anterior, la reproducción permanente.

mujer, esclava de sus padres primero, de su esposo después, no llega jamás a disfrutar de verdadera autonomía, y por lo tanto ignora lo que es la felicidad de una vida libre.

De acuerdo con estas ideas, justificamos a las grandes pasiones que se rebelan contra este deplorable estado de cosas, y reclamamos la libertad de vivir, sin otra obligación, ni sanción moral, que la de su misma voluntad y conciencia.

Surjan, pues, las deliciosas rebeliones, las cabecitas locas, las irreflexibles, las que rompiendo los moldes del formalismo social son consecuentes con sus sentimientos en sus aspiraciones.

El hombre, y sobre todo la mujer, confían en que su liberación será obra de algún redentor, llámese como se llame. El cultivo de una ilustración en las ciencias llamadas leyes naturales es la única que logrará realizar ese deseo de emancipación, que tanto ha suspirado la humanidad.

## Disertación

«Esas gentes»: tal es la frase despectiva que usan, para designarlos, los elementos conservadores que al pie del altar juramentan, clamando ante sus dioses mitológicos la desaparición de las mentalidades laborantes en las doctrinas libertarias.

Esos burgueses explotadores, esos novenarios de sacerdotas, cada vez que surgen agitaciones obreras les vemos trémulos y perplejos, porque temen que el clase trabajadora despierte de su letargo y que el reloj inexorable de los tiempos marque la hora de las reivindicaciones; por eso piden, en sus alaridos, que se reprima por el fuego la rebeldía de esas gentes, como nos llama sarcásticamente nuestros enemigos.

«¿Quiénes son esas gentes?» «Esas gentes» son, en primer término, la porción evidentemente más productora de las naciones.

Son las que dan gustosas el juego de su vitalidad para la riqueza; son las que con más ardor dan su sudor para defender sus riquezas que, con el nombre de patria, llaman al territorio que las vio nacer. Son, en una palabra, la masa anónima; pero en cuya frente fatigada ha ostiado el yugo de las coronas de laurel de que se ufanan nuestra historia. Son las que en el presente llevan la corona de espina de nuestras desgracias, y son las que en lo porvenir ostentarán las gualdrapas de la victoria.

«Esas gentes», que con ansia loca desean los ricachones murchales que sean exterminadas, son la fuerza de las naciones, las entidades fecundas que a través del tiempo parén a los pensadores, los artistas y los sabios mundiales; son el manantial de donde fluyen las aguas que remueven y acrecientan el dique mecido del nervio de la vida, elcimiento de las instituciones sociales, los puntajes de la verdadera civilización, el fin, son el verdadero pueblo, que, habiendo de tantas vejaciones en injusticias, se rebela.

Entiéndase bien que «esas gentes» son los obreros, el único e indispensable brazo de la actividad, proveedores de todas las cosas de que la vida humana se nutre. «Esas gentes» son las vinculadoras del agente primordial de la producción. Son los obreros. Suprimámoslos obreros; y aunque los campos y la tierra sigan bajo la mirada impasible de los cielos, y aunque los capitales estén dispuestos para emprender el trabajo, los campos no producirán, la actividad cesará muerta, porque «esas gentes» son los obreros por cuyas manos pasa transitoriamente toda la riqueza y sin que logremos retener sino parte tan exigua, que no nos existe del todo. Somos los verdaderos ruidos injustamente, somos los obreros, los oprimidos por la falicidad económica, o para mejor decir, por la avaricia burguesa.

«Esas gentes» somos los obreros

que por tanto tiempo hemos sido la reencarnación de Tántalo; somos los obreros los que estamos muertos de hambre y que no tenemos alimentos cuyo sabor no hemos paladeado; somos los obreros los que tejemos las telas que no hemos vestidos; somos los compañeros que construyeron piloncillos que no han habilitado a los obreros los que hemos padecido las angustias del mañana, la incertidumbre de la vejez y el desamparo de nuestros hijos.

Son también los hombres a quienes los capitalistas en convivencia con los ensotados; con los caciques; con los administradores de haciendas, con los espantosos del campo, con los suntuosos de oficina y con los comerciantes monopolizadores—impiden y vedan todas las satisfacciones, todas las venturas, todas las placides del reposo y del espíritu.

Y ¿qué piden «esas gentes» que se agitan? Piden aumento de sueldo y menos horas de trabajo, que en los momentos de agitación obrera, reclaman los burgueses que se subyerge a los obreros.

La ceguera de su egoísta avaricia no les deja ver que el aumento de salario es robustez para la humanidad, porque todos los sentimientos que hacen a los seres valerosos despiertan de la fatiga si: fación de la independencia personal.

El aumento de salario no es menoscabo de los capitales; es una descomulgación de la riqueza, para mantener fuerte el bienestar social de los pueblos.

La voz de «esas gentes» es, pues, la gran voz de la familia obrera que pide lo que alcanza a la paz social.

Otras gentes ¿qué piden? ¿Quiéren lo contrario: piden que esa voz se ahogue; que esas ansias no se satisfiquen; que se veden los labios de los productores que formulan su queja para pedir más salario y menos horas de trabajo.

Esas otras gentes, ¿quieren que las las haciendas pierdan los pechos de las clases obreras que tanto necesitadas, lloran el grito de dolor y de ira, pero de su grito que ha sublevado en sus pechos el infamante estigma de las vejaciones. Los obreros piden aumento de salario; reclamando algo que, en definitiva, no es bien para ellos solamente, sino para la grandeza y la paz social. Y los «obros», es decir, los burgueses, los abortos del jesuitismo; los gemelos de Balzac; esos «chadales del convento» piden, «suspirando, lo que ha sido y será el corrosivo mortal de todas las naciones y yonaca de los pueblos.

Obrero tejedor, SACRAMENTO M. VIDALES.

Subscribise a LUZ es contribuir al bien de todos.



Tópicos Educativos

¿Cómo ganas tu vida? —[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida? —[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida?...



Escarceos Libertarios

Y como éste no está hecho sino de pasiones, de prejuicios, de tendencias, de propósitos, de afanos... Como el progreso, la vida, las aspiraciones, etc., apenas atañen...

Esfacelos

Otro obrero político "al hoy". Por telegramas que se han recibido del puerto Jarocho, se sabe que el linotipista Carlos Gracidas...

El Pescado...

En números recientes publicamos en segunda plana un artículo dedicado "al cierto" malfabrida de los sindicatos...



¿Cómo pensaba Ferrer

Que no sólo suceda a los libertarios por la huelga general, lo que a los republicanos portugueses por la revolución política...

Tiene el santo y quiere la limpsna

El diputado Salvador Gonzalo García, que todavía se hace llamar obrero, pero que de todas maneras sigue siendo diputado...

—[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida? —[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida? —[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida?...

—[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida? —[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida? —[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida?...

—[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida? —[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida? —[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida?...

—[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida? —[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida? —[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida?...

—[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida? —[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida? —[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida?...

—[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida? —[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida? —[Hombré] ¿Cómo ganas tu vida?...

Sin Personalismos

Atacamos las instituciones ilustrando el pueblo en el conocimiento de sus derechos naturales...

La Junta de Conciliación y Arbitraje

Desde el primer día del año próximo funcionará, con el carácter de permanente, la junta de conciliación y arbitraje en el Distrito Federal.

La ley del egoísmo y la ley del absurdo

Tanto la "unión de aviseros y cabeceros" como la de linotipistas metropolitanos, están afanándose por llevar a cabo una especie de reglamento o estatutos que en la práctica de nada les servirán...



# Recibimos

10 ejemplares «Solidaridad» número 40; «Germinial» «Temple», número 21; 10 «Germinial» León, número 5; «Laborador» número 5. Camp: «El Productor Panadero»; «Habana»; «Tierra y Libertad»; «Barcelona» y «El Sur»; «Tiquique, Chile».

De suscripciones: Puebla: R. Ortega, \$3.00; T. Cristales, \$8.00; Orizaba: P. Méndez, \$7.75 y \$10.00; colecta obreros «Oceania» para matar «Aldéfito LUZI» Veracruz: V. Galván, \$5.00 y \$2.00 pago de libros; Querétaro: D. Pacheco, \$5.00 y \$8.00; no más allá aousar en el número anterior. Nuevo Laredo: C. T. Porros, \$1.50; Papimí: A. Mireles, \$2.00; Pachaca: M. A. Hidalgo, \$3.00; colecta obreros Imprenta «Victoria» \$2.40.

da cláusula, cada idea y cada página no constituyen otra cosa que los eslabones, muchas veces detectables, de la cadena prejuticia que les trunca toda libre acción y con ella el ejercicio de su bienamada libertad.

Digase, lo que se quiere y argumentese por los interesados cuanto les yenga en gana, los estatutos de las corporaciones, así como las leyes de la sociedad, aunque sean considerados «como la salvaguardia de la libertad, son, por el contrario, sus peores enemigos, porque encadenan indefinidamente no sólo la generación en que se promulgaron, sino las generaciones futuras;» y estas leyes, estos estatutos, estas reglamentaciones, «por justas, por maravillosas, por divinas que sean, forzadamente han degenerado en opresoras, porque las costumbres y las ideas «cambian por el incesante movimiento de la humanidad.» (\*)

Estas son cosas muy elementales, pero, quizá por serlo demasiado, no se les hace caso, lo cual re-

(\*) Carlos Matute «Filosofía del anarquismo», Pág. 14.

# Ruja la Tempestad!

¡Ruja la tempestad! ¡Temen tus iras! ¡Sus! ¡A la carga, proletario! Surge rebelde en la tremenda lucha Con el terrible arroyo de Espartaco.

Indómito, implacable, tu coraje Como bravo torrente desbordado, Sobre toda miseria se desahoga Pregonando las iras del esclavo.

¡Arriba, proletarios, a la lucha! Levántate al escudo en vuestro brazo, Y descargad la espada justiciera Sobre el despota cruel, sobre el tirano.

Oíd, oíd las voces de los parias, Las voces de los grandes, de los bravos, Al entrar en la lucha igualitaria Agitando la blusa y el andrajo.

¡Sus! a la brega; roncos gritos Anuncian fuertes el terrible fallo Que haga caer a la proterva casta De burgueses, de frailes y soldados.

Nebras nubes preñadas de tormentas Oscurecen el cielo; truene el rayo, Y luego se desahoga en torres Que inundan y que arrasan los barrancos.

Y que arrastren las aguas en su curso Toda la podredumbre, todo el fango, Todo lo más inmundo, todo lo abyecto, Todo lo más cobarde y depravado.

¡Ruja la tempestad! El huracán furioso Azote sin cesar; vibre el relampago Cual látigo de fuego que deslumbra Rasgando con sus luces los nublados.

¡Así tus iras santas se desaten, Obrero luchador, obrero hermano; Chaga el diluvio universal terrible. Que arrose y que confunda a los malvados.

¡Ruja la tempestad! Cese el martirio, ¡Abaja la explotación! ¡Abajo el amor! ¡Abajo el militar! ¡Abajo el fraile! ¡Arriba el productor, el proletario!

No mas leyes, ni dogmas ni prejuicios; No sigas tus cadenas arrastrando. ¡Arriba, hermano; levántate; despierta, Y lanza tu furor sobre el tirano!

Busca la libertad, treme tu aliento; No detengas el golpe de tu brazo; Convierte los cincelos en puñales, Y en espadas terribles los arados.

¡Ruja la tempestad! Pueblo, a la lucha! Quiero verte pasar sobre tu carro De triunfo. Agítense en los aires La blusa, y el mandil y el toscó andrajó.

El martillo, y el yunque y los engranes; El cincel, el rastrillo y el arado; La blusa, los andrajos y la gorra;

El oro y el poder del otro lado. Me encanta la visión; cuánta belleza; Me seduce lo hermoso de este cuadro: De un lado, lo que triunfa, lo que avanza, El verdadero dios, el dios Trabajo.

Del otro, lo que sobra, lo que estorba; Los frailes, los burgueses, los parásitos; El poder, el oro, corrupción y ruinas; Todo lo más cobarde y depravado.

¡Ruja la tempestad! Las nebras nubes Desaten sus furios; cuántos estrago, Y sobre los escombros de la tierra Aparezca triunfante el proletario.

Desbórdense las iras a torrentes; Arrase el huracán, fulmine el rayo, Y el gran astral augural, el sol radiante, Fulgure al disiparse los nublados.

¡A la carga los hijos-de la plebe! ¡Sus! ¡A la lucha, proletarios!

¡Ruja la tempestad en vuestros pechos! ¡Brote la impreación de vuestros labios!

Pachaca, 29 de noviembre de 1917.

MICHEL A. HIDALGO.

## La Revolución Social EN MÉXICO HA FRACASADO PARA EL PROLETARIADO.

Es una utopía pensar, siquiera por un momento, que la revolución social en México ha triunfado; como también es ridículo que ciertos propagandistas de profesión y de paga, cada en el extranjero disque con la representación de diversas Sociedades mexicanas, haciendo propaganda en pro de

una revolución libertadora, que no sea — y es — de cualquier punto de vista que se le mire.

Y no es ver las cosas del color del cristal con que se mire.

Entremos en materia. Los altos poderes gubernamentales discuten sobre la pensión que deberá darse a los familiares de los extintos Madero, Pino Suárez y Rendón; y qué opinan de tantos proletarios muertos en los campos de batalla, qué opinan de los

dunda, prácticamente en perjuicio de los idealistas o forjadores de estatutos; quienes, a la postre, no tienen más remedio que acogerse a la experiencia por ser la maestra rediviva que ilumina la obscuridad de las costumbres defectuosas por inconsecuentes y egoístas, y enemistadas con la elaboración de los principios libertarios.

Impreso en la Imprenta «Victoria»

una mesa bien provista, reunidos los cuatro camaradas con Irma, Sopelana, Zúñiga, Jacinto y una muchacha muy alegre que desde dama joven en todas las funciones libertarias que se efectúan periódicamente en Buenos Aires. Jacinto, que anda tras ella desde hace tiempo, la ha invitado a pedido de Aníbal, que quiere que Irma no sea la única mujer en la fiesta.

El vino ha detinado en todas las venas torrentes de fuego y la alegría, reina de la juventud, hipera soberana en la reunión.

Zúñiga, transportado de pronto a su querido Madrid, ha improvisado una guitarra con una fuente vacía y haciendo el que rasguea unas cuerdas imaginarias, canta desesperadamente pesoneras, malagueñas y todos los aires populares que andan de boca en boca por la península Ibérica. Sopelana, a quien el alcohol pontrito, mira sonriendo a los otros con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre el borde de la mesa. Jacinto, sobre una silla, se desganita con don discurso preñado de impropiedades para los «malitos burgueses», los «inimicos capitalistas» y los «inimicos explotadores». A Aníbal palmeota al compás de las coplas del estudiante y Arnaldo y Fernando entretienen a las damas con historietas que las hacen reír, carcajadas. Silvio está borracho ya.

Dos bombillas eléctricas iluminan al pequeño reservado y dos grandes ramos de flores confunden con primas a las espirales de los habanos, regalo de Contrero que no ha podido asistir al banquete.

Como el estudiante, cada vez más entusiasmado, grita desahondadamente y Jacinto no deja

de «discursar», Fernando, que no logra hacerse oír de la dama joven, párase colérico y les ordena en tono solemne:

—Silencio, marraños!

Zúñiga llama al mozo y hace retirar todo el servicio de la mesa. Luego trepa sobre ella, pónese en jarras y grita:

—¿Quién me acompaña en estas sevillanas? ¡Fernando aplaude, Sopelana retira su silla hacia la pared, Jacinto dice «¡improvisados tribuna. Las muchachas se paran. Aníbal y Arnaldo se adelantan, para cantar. Silvio ha despertado y hace inútiles esfuerzos para mantenerse en pie.

Con peligro de la estabilidad de la mesa, el estudiante se entrega a un taconeó furioso, retorciendo el cuerpo y haciendo de castañetas con los dedos. Terminado con un ¡olé! eso que Zúñiga llamaba sevillanas, un aplauso unánime pide su repetición. El estudiante, remediado a las bailarinas, lanza puñados de besos con ambas manos.

—¿Que se repitan! —gritan todos.

Zúñiga, mareado, por completo, no puede satisfacer a sus amigos y dejándose caer sobre una silla, finge un desvanecimiento.

Sopelana propone:

—Jacinto debe encargarse del discurso de clausura.

Este protesta:

—Ahora le toca a Fernando.

—¿Cómo? y las señoras con sus improvisadas tribuna.

—Yo no sé hacer nada que valga la pena dice Irma; luego agrega indicando a la dama joven: —La señorita, como es artista

soldados rojos de la «Casa del Obrero Mundial», que sucumbieron en Tonilia y otros lugares ignorados, por defender lo que en el concepto de ellos era un ideal, o sea lo mismo que en el concepto de los mandones profesionales era un «poder» del cual se han beneficiado con el manto de revolucionarios, para seguir explotando a la clase productora, y que opinan los altos poderes gubernamentales acerca de Ernesto H. Velasco, preso tras las «rejas del orden» por pedir una migajita más de pan.

—Conste que Velasco, por el sólo hecho de ser obrero, pertenece a esa columna incolmable que los políticos llaman Pueblo; a ese que, en los momentos de prueba, no es subiendo y bajando las escaleras de palacio como defende a la incongruencia social llamada patria, sino en las trincheras proletarias, subiendo y bajando sí, pero el rifle defensor a sus encallecidos hombros. ¡Y no se diga la verdad! ¡dénlese la boca los que no comulgan con el presente sistema, y grítese muy fuerte como gritan el extranjero los «Louveira and Co.» «Viva la revolución social mexicana», porque de hacer lo contrario se r acaaldo nuestro grito de protesta con el asesinato, la barbolina, etc., etc., pero en vano pretenden apagar el clamor de las multitudes, porque nuestro grito y id e justicia y redención; pero como tal justicia y esa redención lo lo obtenemos de quienes se dicen defensores de esa revolución libertadora, no o podemos menos de exclamar que la revolución social en México ha fracasado para el proletariado. —Mérida, Yuc., Méx. —Un aspirante a I. W. U. —Mannuel J. Panli.

Camarado; No se guarde egoístamente este periódico; místréselo a su computador y logrará suscribirse. Una simple tarjetapostal de dos centavos con su domicilio exacto, es suficiente para enviárselo.

## X

### INDIO

El libro de poesías de Arnaldo ha sido recibido con mucho entusiasmo entre el público revolucionario y los obreros y, como la venta de ejemplares supera a todos los cálculos del editor, éste propone al joven poeta una nueva edición de la obra.

Entre las muchachas de los talleres de costura y fábricas de cigarrillos, Arnaldo es ya celebre y sus versos se cantan a dúo con el chirrido de las máquinas.

En el buzón de «La Protesta» ha encontrado una larga carta amorosa firmada por «Aurora». Ma en la calle, con la extraña mixta entre las manos pensando si tomaba en broma o en serio, Arnaldo camina cabizbajo. Una familiar palmada le vuelve a la realidad.

—¡Salud, Danell!

—¡Hola! hombre, hace tiempo que no se le ve por ninguna parte.

—¿Qué quiere usted? Desde la última huelga en mi trabajo y me he dedicado a organizar funciones de propaganda. ¡Bueno aquí el programa para una que se realizará este sábado y que será un éxito.

Mire usted, Cavana, qué ahora la gente no anda muy sana del bostillo: es la mala época.

No importa: la conferencia de la compañía Martínez llevará mucho elemento; todos los compañeros tienen deseos de conocerla.

—Las rusas?